

# COSTUMBRES FUNERARIAS EN LA SERRANÍA DE ALBACETE (Curso bajo del río Mundo y Sierra del Segura)

Por J. F. JORDÁN MONTÉS  
J. A. INIESTA VILLANUEVA

## 1. INTRODUCCIÓN Y JUSTIFICACIÓN

La zona meridional de la provincia de Albacete<sup>1</sup> constituye un espacio montañoso de indudable valor ecológico y el antropólogo que se introduce en ese mundo de repliegue, agreste, se encuentra aún con mentalidades y costumbres arcaicas y tremendamente valiosas que nos permiten conocer las antiguas comunidades rurales de la España más atrasada.

En el momento presente sólo existe una obra de conjunto publicada sobre las fiestas de Albacete<sup>2</sup> y otra sobre antropología de las mentalidades<sup>3</sup>. Pese al abandono que sufre la antropología en nuestra provincia hay que destacar, sin embargo, además de la callada y fructífera labor de la revista *Zahora* (véanse sus índices en los números correspondientes), obras de gran calidad que ayudan al antropólogo a desarrollar su tarea. Nos referimos a la espectacular recogida de romances de tradición oral de MENDOZA DÍAZ-MAROTO o algunos cuentos<sup>4</sup>. Por desgracia, permanecen valiosísimas obras sin publicar, unas por desidia y otras por indiferencia ante la etnología y los trabajos de campo en esta parcela

<sup>1</sup> Sobre aspectos geográficos de Albacete en general y de las comarcas montañosas del Sur, ver para una primera aproximación, SÁNCHEZ SÁNCHEZ, J. L.: *Geografía de Albacete*, Albacete, 1982 (2 vols.).

<sup>2</sup> USEROS, Carmina: *Fiestas populares de Albacete y su provincia*, Albacete, 1980. 364 pp. Otras veces hay que recurrir a obras de conjunto regional: GONZÁLEZ CASARRUBIOS, C.: *Fiestas populares en Castilla-La Mancha*, Ciudad Real, 1985.

Ha de advertirse que hay importantes aportaciones en libros y congresos de Murcia. Por ejemplo, VV. AA.: *Cultura y sociedad en Murcia*, Murcia, 1993 (entre otros, los trabajos de RAMÓN MADRONA, J. E. y de INIESTA VILLANUEVA, J. A.). Esta obra reúne las ponencias y comunicaciones presentadas al primer Congreso Internacional de Antropología del Sureste, celebrado en Murcia en 1991. Y también los artículos de la recién fundada *Revista Murciana de Antropología*. Está en prensa igualmente el conjunto de ponencias y comunicaciones ofrecido en el II Congreso Internacional de Antropología del Sureste Español, también en la capital del Segura, en 1995.

<sup>3</sup> JORDÁN MONTES, J. F. y DE LA PEÑA ASENCIO, A.: *Mentalidad y tradición en la serranía de Yeste y Nerpío*, Albacete, 1992.

Es innegable el atraso que nuestra provincia muestra en los campos de la antropología, ya que está inmersa en una falta de preparación, de recursos y de atención en esa ciencia.

<sup>4</sup> MENDOZA DÍAZ-MAROTO, F.: *Antología de romances orales recogidos en la provincia de Albacete*, Albacete, 1990 (2 vols.). Publicada por el Instituto de Estudios Albacetenses.

Sobre los cuentos de la serranía: CORTÉS IBÁÑEZ, E.: *Cuentos de la zona montañosa de la prov. de Albacete*, Revista *Zahora*. (Número monográfico), n.º 9 (Albacete, 1989), 139 pp.

del conocimiento humano<sup>5</sup>.

Recordamos, pese a todo, algunas aportaciones. Destaca la de los tambores de Semana Santa y el significado inherente al sonido y a la fiesta<sup>6</sup>. Añadamos pequeños artículos u opúsculos desperdigados por congresos o en revistas, no siempre de Albacete, que aluden a ermitas<sup>7</sup>, balnearios<sup>8</sup>, cementerios<sup>9</sup>, ritos<sup>10</sup>, leyendas<sup>11</sup>, danzas funerarias<sup>12</sup> o determinadas fiestas<sup>13</sup>. Mas todo ello alude con frecuencia a comarcas muy restringidas y sobre las que se ha trabajado intensamente, mientras que otros permanecen en el oscuro silencio y muy probablemente acabará por perderse definitivamente la sabiduría tradicional cuando los ancianos hayan fallecido.

En consecuencia, presentamos aquí esta pequeña aportación relativa al mundo funerario, tras toda una serie encadenada de prospecciones y de trabajos de campo, realizados desde 1989 en aldeas y en cementerios de la serranía meridional de Albacete y del curso bajo del río Mundo, con el fin de llamar la atención sobre la necesidad de rescatar del olvido numerosas costumbres y tradiciones.

<sup>5</sup> Nos referimos a la labor de prospección emprendida por Manuel LUNA en la serranía en los años sesenta y setenta. No olvidamos las casi inaccesibles aportaciones de SEGUI NAVARRO: *Santiago de la Sierra. Estudio sociológico de una pequeña comunidad*, Univ. de Madrid, 1975 (tesis doctoral); o de GÓMEZ BENITO: *Boche, estudio sociológico de una pequeña comunidad*, 1974 (tesis de licenciatura). Completar con SOTOS PÉREZ, J. J.: «Creencias populares en relación a la medicina», *Zahora*, n.º 7 (Albacete, 1988), 5-49.

<sup>6</sup> JORDÁN MONTÉS, J. F. y GONZÁLEZ BLANCO, A.: *Los tambores: sonido, comunicación y sacralidad. Aportación al conocimiento de la Semana Santa*, Albacete, 1992. 91 pp. INIESTA VILLANUEVA, J. A.: *Origen del tambor y su repercusión en la tamborada hellinera. Una aproximación a su simbología*, Albacete, 1994.

<sup>7</sup> JORDÁN MONTÉS, J. F.: «Las ermitas en la comarca de Hellín-Tobarra. Ejemplo de cristianización de espacios sagrados», *IV Jornadas de Etnología de Castilla-La Mancha* (Albacete, 1986), 411-437. Toledo, 1987.

<sup>8</sup> JORDÁN MONTÉS, J. F. y CONESA GARCÍA, C.: «Aguas termales y minero medicinales en el valle bajo del río Mundo (Hellín-Tobarra, prov. de Albacete). Aspectos geográficos, hidrogeológicos, arqueológicos, históricos y etnográficos», *Aguas medicinales, termas curativas y culto a las aguas en la península ibérica* (Madrid, 1991). *Espacio, Tiempo y Forma*. Ser. II. Historia Antigua. t. V. Madrid, 1992. 483-514.

<sup>9</sup> JORDÁN MONTÉS, J. F.: «Inscripciones e iconografía en los cementerios de Hellín y Tobarra. Antropología de las imágenes y de los epitafios», *II Congreso Internacional de Antropología del Sureste Español* (Murcia, 1995). En prensa. Del mismo, «Los viejos panteones, mausoleos y cenotafios del cementerio de Hellín», *Imafronte* (Murcia, 1996). En prensa.

<sup>10</sup> INIESTA VILLANUEVA, J. A. y JORDÁN MONTÉS, J. F.: *Ritos mágicos y tradiciones populares de Hellín y su entorno*, Murcia, 1991. 87 pp.

<sup>11</sup> INIESTA VILLANUEVA, J. A. y JORDÁN MONTÉS, J. F.: *Leyendas y creencias de la comarca de Hellín y tobarra*, (Hellín, Albacete, 1995). 98 pp.

<sup>12</sup> CARREÑO RUEDA, A. y JORDÁN MONTÉS, J. F.: «Los danzantes de Isso. Interpretación de su danza funeraria», *III Jornadas de Etnología de Castilla-La Mancha* (Guadalajara, 1985), 401-414. Ciudad Real, 1987.

<sup>13</sup> NUÑO GUTIÉRREZ, M. R.: «Los toros de carretillas en la noche de Barrax», *Narria*, 27, 1982, 28-30. MORALES MORENO, M. y JORDÁN MONTÉS, J. F.: «Las cruces de Mayo de Hellín», *III Jornadas de Etnología de Castilla-La Mancha* (Guadalajara, 1985), 415-420. Ciudad Real, 1987.

## 2. COSTUMBRES FUNERARIAS EN LOS CEMENTERIOS

Los cementerios custodian el reposo de las almas de los fallecidos y constituyen auténticos espacios sagrados a la espera del Juicio Final y de la resurrección para los cristianos. Son pues moradas de tránsito que han de permanecer limpias, decentadas y deben constituir siempre espacios de quietud y de silencio, para no perturbar a sus ocupantes temporales ni a sus visitantes.

La visita que se realiza a los familiares difuntos se inserta en el lógico temor y aún terror de los vivos ante los seres desaparecidos. Mantener limpios los sepulcros, rezar oraciones, llevarles flores, visitarles, constituyen rituales que protegen a los vivos y que satisfacen unas exigencias de respeto establecidas por la tradición y por las conciencias.

En definitiva, toda una serie de complejos rituales se desarrollan paralelamente a la esencia física de los cementerios y en ocasiones giran en su entorno más inmediato o en su mismo corazón ajardinado.

### 2.1. EL DÍA DE LAS ÁNIMAS

En el contexto del mundo funerario, podemos indicar algunos datos de interés. La Noche de Todos los Santos (1 de Noviembre) y el Día de las Ánimas (día 2) eran fechas clave en el calendario litúrgico y popular y siempre atractivas por el terror que causaban a las gentes sencillas. Se creía que las ánimas salían en procesión a las doce de la mañana del día 1 de Noviembre y que se recogían a las doce del día siguiente.

El Día de las Ánimas las gentes mostraban un temor generalizado por las «visitas» que aquéllas realizaban a sus familiares aún vivos. No se solía salir a la calle por temor al deambular de las ánimas y «para no pisarlas» y despertar su ira. También se decía que iban siempre buscando luz para encontrar su camino hacia el Paraíso. De hecho se narran historias en las que cortejos de ánimas arrebatan a los vivos las luces, velas o lámparas que portan en las manos. Para los difuntos es vital disponer de una fuente lumínica con el propósito de «no tropezar» y de «encontrar su camino».

Para prevenir la desazón de las ánimas en el más allá se les preparaba un plato de cena o de comida caliente y se dejaba un sitio sin ocupar en la mesa familiar: «iban a pasar el día con los suyos». En consecuencia, había que ser hospitalarios y prudentes. Tanto como para hacerles incluso la cama para que durmieran esa noche en casa (la noche del 1 al 2 de Noviembre), tranquila y sosegadamente. Así se reconfortaba a los familiares que durante todo un año habían permanecido sumidos en la oscuridad y en el frío del nicho y del Más Allá tenebroso.

Esa noche, la de las ánimas, los familiares vivos también situaban de forma estratégica velas y candiles por la casa, uno por cada pariente desaparecido, con el fin de orientarles en su deambular por la oscuridad (y también para facilitar la

salida de presencias tan inquietantes tras la visita anual y evitar que permanecieran las sombras más tiempo del prudente y del establecido por el rito).

Durante los días previos se estuvo rezando el novenario a las ánimas (nueve misas en el mes noveno, según el calendario romano). Pero pese a todo, las ánimas producían innumerables ruidos en el interior de las casas y se afirmaba que pronunciaban palabras.

En Albatana, el sacerdote bendecía ese día todos los rincones del cementerio, para librar a los visitantes de cualquier inquietud y arrojar del recinto a las presencias malignas. Las campanas de las ciudades y aldeas tañían con lúgubre cadencia, ayudando mediante el sonido a la contención de los malos espíritus.

En determinadas regiones, como en Galicia, el contacto entre los difuntos es especialmente intenso. Allí, cuando una persona fallecida muere sin cumplir una promesa realizada en vida, sus familiares se ofrecen para ayudarle en ese menester. Acuden al cementerio, llaman al muerto ante su tumba o nicho y le animan a que les acompañe para satisfacer su deuda moral o devocional. Una vez en camino, le advierten de viva voz sobre los obstáculos y los cambios de dirección, para que no tropiece o se extravíe. Incluso le hablan, le comentan cosas y le invitan a entrar o a salir de los edificios o de los espacios abiertos<sup>14</sup>.

Ciertos alimentos se consideran igualmente apropiados para celebrar o vivir la solemnidad de Todos los Santos. En Murcia, por ejemplo, son característicos el arrope, el calabazate, el pan de higo, los huesos de santo, las tortas de boniato, etc. (*La Verdad*, 2-XI-1994, p. 15). Todo de sabor dulce, como un intento de compensar el sabor amargo de la separación o de aliviar a los difuntos de alguna manera. En León, por ejemplo, era frecuente la asistencia de todos los vecinos, dejando sin protestas sus trabajos y actividades, al entierro de un conocido o allegado íntimo. Entre los asistentes se repartía comida y bebida, en especial si eran pobres reconocidos en la localidad. Esta ofrenda funeraria, llamada «dar caridad», era un gesto de compartir que pretendía garantizar, quizás, un juicio más benigno en el más allá. A cambio de las viandas, además, los beneficiados de los alimentos distribuidos oraban por el eterno descanso de ese difunto que se mostraba tan generoso en el tránsito al Paraíso<sup>15</sup>.

El abanico de actitudes y creencias es tan sorprendente como encontrar noticias en la prensa que relatan el deseo de moribundos, que son jugadores o hinchas de ciertos equipos de fútbol, de dispersar sus cenizas en el césped del campo de juego (*El País*, 12-XII-1994, p. 47).

<sup>14</sup> LISON TOLOSANA, C. *Brujería, estructura social y simbolismo en Galicia*. Madrid, 1987. p. 366.

<sup>15</sup> ALONSO PONGA, J. L. «El "dar caridad" y otras comidas rituales relacionadas con los difuntos en la tierra llana leonesa. Y algunos datos históricos para su estudio». *Etnología y folklore en Castilla y León*. (Salamanca, 1986). pp. 139-146.

## 2.2. LA VISITA A LOS DIFUNTOS<sup>16</sup> EN LOS CEMENTERIOS

De sumo interés para el etnógrafo, en efecto, es pasear durante la mañana del día de Todos los Santos por entre las calles del cementerio y escuchar las conversaciones, saludos y encuentros de los familiares, no sólo ante sus vecinos aún vivos sino ante sus difuntos. El antropólogo puede ese día infiltrarse y confundirse sin problemas entre la multitud que busca a los suyos.

Las gentes acuden a pie o en vehículos en gran número, en filas interminables, como si fuera una romería. Y se suceden y relevan en la obligación moral hacia los difuntos y en los accesos y calles del cementerio: «*Vamos a hacer la visita*».

En realidad emprenden un peregrinar simbólico por el dedalo de calles, mirando y escudriñando el mosaico de lápidas hasta que encuentran a los suyos,

<sup>16</sup> Es clásico el antiguo estudio de HOYOS SÁINZ, L. «Folklore español del culto a los muertos». *RDTP*. Madrid, 1 (1-2), 1944. pp. 30-53. Con el sólo propósito de una visión general:

- CASTILLO DE LUCAS, A. «La muerte y sus refranes». *Práctica Médica*, 22. 1945. pp. 31-32.
- CASAS GASPAS, E. *Costumbres españolas de nacimiento, noviazgo, casamiento y muerte*. Madrid, 1947.
- BARANDIARÁN, J. DE. *Estelas funerarias en el país vasco*. San Sebastián, 1970.
- CARANDELL, L. *Tus amigos no te olvidan*. Madrid, 1975.
- CASTAÑÓN, L. *Supersticiones y creencias en Asturias*. Asturias, 1976.
- DE LLANO ROZA DE AMPUDIA, A. *Del folklore asturiano. Mitos, supersticiones y costumbres*. Oviedo, 1977.
- CÁTEDRA, M. «El segundo entierro». *Historia* 16. (Madrid, 1978). pp. 41-48.
- RODRÍGUEZ LÓPEZ, J. *Supersticiones de Galicia y preocupaciones vulgares*. Lugo, 1979.
- TABOADA CHIVITE, X. *Ritos y creencias gallegas*. La Coruña, 1980.
- AMADES, J. *Folklore de Catalunya. Costums i creences*. Barcelona, 1980 (Reed.).
- LIMÓN DELGADO, A. *Costumbres populares andaluzas de nacimiento, matrimonio y muerte*. Sevilla, 1981.
- VAQUERO IGLESIAS, J. y FERNÁNDEZ PÉREZ, A. «Las actitudes colectivas ante la muerte en Asturias durante el siglo XIX a través de los testamentos. Notas metodológicas». *Estudios de Historia de España*. Madrid, 1981.
- DE LA PASCUA SÁNCHEZ, M.<sup>a</sup> J. *Actitudes ante la muerte en el Cádiz de la primera mitad del siglo XVIII*. Cádiz, 1984.
- LÓPEZ, R. *Oviedo: muerte y religiosidad en el siglo XVIII*. Oviedo, 1985.
- VIOLANT I SIMORRA, *El Pirineo español*. Barcelona, 1985 (reimpr.).
- BLANCO, J. F. *Usos y costumbres de nacimiento, matrimonio y muerte en Salamanca*. Salamanca, 1986.
- MARTINE GUERRIER, «Muerte y ritos funerarios en la sierra de Madrid en conexión con los rituales de Castilla y León». *Etnología y Folklore en Castilla y León* (Salamanca, 1986). pp. 121-138.
- REDER GADOW, M. *Morir en Málaga: testamentos malagueños del siglo XVIII*. Málaga, 1986.
- RIVAS ÁLVAREZ, J. A. *Miedo y piedad: testamentos sevillanos del siglo XVIII*. Sevilla, 1986.
- TOMÁS FERRER-SANJUÁN, A. «Sobre la costumbre religiosa de las ánimas». *Etnología y folklore en Castilla y León*. (Salamanca, 1986). pp. 147-153.
- MARTÍNEZ GIL, F. *Muerte y religiosidad en la España de los Austrias*. Tesis doctoral, 1990.
- MOROTE, P. «Las creencias y supersticiones de Jumilla (Murcia)». *Cultura y sociedad en Murcia* (Murcia, 1993). pp. 291-330.

pues de un año a otro la memoria falla y la desorientación despista a los familiares en el laberinto: *¿Qué dicen esas letras?*, preguntan con candor los analfabetos. Y respiran tranquilos si por fin dan con los restos de la persona buscada.

Ese día las gentes llevan, en un preámbulo, sus ofrendas de flores o de «luces», es decir, velas. Antiguamente las luces consistían en mariposas o lamparillas con aceite. Con esas llamitas se ilumina por un día la oscuridad y la soledad de los muertos en los cementerios<sup>17</sup>. No obstante, es muy frecuente que los familiares hayan acudido en los días previos para adecentar los nichos y las tumbas: se limpian de polvo las lápidas y los cristales, se lavan los jarrones de vidrio, se bruñen los bronce y las piezas metálicas, se desprenden de las hojarascas y, en definitiva, se proporciona al conjunto un aspecto impoluto, transparente y brillante. Es decir, hay una jornada destinada a la preparación de la visita y una jornada exclusivamente para el encuentro y la colocación de los ramos de flores: *«Yo vengo el día que lo arreglo y el día que lo visito»*.

Ante la tumba, el familiar medita, se santigua, reza y ocasionalmente se emociona. La despedida es por medio de otro signo de la cruz. De hecho, se piensa por los naturales que cuando un vivo acude al cementerio a realizar la visita, su espíritu sale a recibirle a la puerta del mismo camposanto. Por tanto actúa como en vida, con las normas de conducta y educación habituales.

El adecentamiento de la tumba de un ser querido no es exclusivo del día de Todos los Santos. También se efectúa en el día de su onomástica o cumpleaños, como señal de cariño o de amor hacia el difunto. Pero también, a veces, en el aniversario de la boda, como un modo de revitalizar el sacramento del matrimonio y de recordar la hierofanía.

Antiguamente la única flor que se presentaba como ofrenda era el crisantemo y además de color *«morado»*, porque dicho color *«era el de los difuntos»* o representaba *«el sufrimiento de los difuntos»*. Pero con el transcurso del tiempo, *«tenemos más orgullo y más dinero y se ponen claveles y otras flores»*.

En efecto, el incremento del consumo y el placer por la variedad y aun de la lógica ostentación, han podido alterar o difuminar una tradición ritualizada en una flor concreta y en un color específico. Hoy en día, los crisantemos, aún

<sup>17</sup> A fines del siglo IV d.C., Agustín de Hipona nos recuerda que su madre, cristiana católica, solía llevar «...tortas de miel, pan y vino a las sepulturas de los mártires». (*Las confesiones. Libro VI, 2, 1*). Semejantes comentarios realizaron Tertuliano y Cesáreo de Arlés, indicando que se quemaban aromas e inciensos en honor de los muertos o que se depositaban alimentos sobre sus tumbas. Los concilios de la Hispania visigoda, por su parte, reprenden severamente a los sacerdotes que celebraban misas sobre las tumbas de los difuntos: *II Concilio de Braga, canon LXVIII*, del año 572. En su *canon LXIX* se prohíbe llevar alimentos a las tumbas y ofrecer sacrificios en honor de los difuntos. En el *III Concilio de Toledo, canon XXII*, celebrado en el 589, se prohíbe que los cuerpos de los religiosos sean enterrados con «...canciones fúnebres que ordinariamente suelen cantarse a los difuntos...» Semejante queja la muestra Burcardo de Worms en el siglo VIII, quien se lamenta de lo frecuente que eran los cánticos, los juegos, las borracheras y los bailes durante los funerales (*PL 140, 838*); o bien Reginon de Prüm un siglo más tarde (*De ecclesiasticis disciplinis I 382. PL 132, 266*).

más baratos, no son tan abundantes o comparten el espacio con los claveles, los gladiolos, las margaritas, las violetas, las crestas,... etc. Los crisantemos y lo morado *«eran lo natural para ese día»*. Es más, se da la circunstancia hoy en día que ese tipo de flor y color, que en realidad corresponden a la fecha y circunstancia, se asocia a familias muy humildes y con muy reducidas posibilidades económicas. En Tobarra esa exuberancia barroca de ramos de flores no se ha impuesto y se conserva el gusto tradicional.

También se reza con devoción ante los nichos e incluso se llevan sillas o banquetas para mayor comodidad, dialogando con los difuntos como si se estuviera en torno a la mesa camilla de las casas o al fuego de la chimenea. Se puede permanecer unos minutos o un día entero, hablando con el difunto, encontrándose con los parientes y familiares,...

Es frecuente ver a mujeres dedicar casi una hora a componer y crear macizos y ofrendas florales de gran elegancia en la repisa del nicho, combinando con exquisita habilidad y sensibilidad matices cromáticos de las flores y formas de las mismas.

Es habitual también escuchar de los ancianos y aún de personas de edad media, frases sumamente sugerentes que desvelan la mentalidad y las creencias. Cuando pasan sin percatarse por delante de un nicho de una persona que conocieron en vida o de un familiar difunto, suelen decir: *«¡Ay, he pasado por delante de él y no le he dicho nada!»*; o bien: *«Ni lo he reconocido»*.

Las normas de conducta y de educación que se mantuvieron vigentes en vida perduran tras la muerte en el Campo Santo y se considera de mal gusto y un agravio no dirigirse al fallecido, aunque sea con un breve recuerdo o una oración. Del mismo modo la búsqueda del nicho de las personas queridas o de los amigos se realiza como si se anduviera por una calle de la ciudad o entre porterías: se pregunta a otros, se comenta en voz alta, se duda. Y se suele decir: *«Voy a dar la vuelta para ver a todos»*; o bien: *«Voy a visitar a los míos»*; o bien: *«Estoy mirando a los míos»*. Ante las lápidas, las gentes actúan como si en realidad vieran y tocaran a los difuntos y disfrutaran de su presencia en ese día. Probablemente la foto que es muy habitual en la placa de roca, ayuda a esa creencia y facilita recordar el rostro y perpetuar la memoria del difunto.

La limpieza de las repisas, de los cristales, de los recipientes de vidrio o de la lápida, es signo de devoción y de amor por los familiares fallecidos. No reponer las flores o permitir que las arañas tejan sus telas, es señal de dejadez, de malicia y de escaso respeto por los difuntos. Con frecuencia los familiares y amigos se extrañan y aun se ofenden y enfadan, si algún pariente o amigo no ha cumplido con el ritual del adecentamiento de la tumba o del nicho: *«No sé que les ha podido pasar»*; o bien: *«Es raro que no hayan venido»*, afirman mientras tuercen el gesto con un matiz de crítica velada.

Las disputas surgen también cuando hay un conjunto de nichos en algún rincón, que permanecen durante años descuidados y que amenazan ruina y afean el entorno. Allí brotan enseguida las malas hierbas, se agrietan los quicios

de madera, aparecen rotos los cristales, caen los búcaros, las flores marchitas ofrecen tonalidades de muerte y los ladrillos surgen rajados por doquier. Entonces los «vecinos» o sus familiares protestan y reclaman de las autoridades el inmediato adecentamiento o derribo de los nichos «cochambrosos». De esa manera, por desgracia para el investigador, hemos perdido valiosas lápidas de gran antigüedad e interesante iconografía.

La limpieza y el orden equilibrado son muy estimados en definitiva, no sólo en esa mañana de los difuntos, sino siempre en general. Y se censurará mucho que se dejan desperdicios, agua derramada o restos vegetales en las inmediaciones de las tumbas. Es muy habitual que unos familiares interroguen a otros para ver quién y cómo ha puesto las flores en las repisas o en los búcaros. Y elucubran si no encuentran al responsable de una ofrenda madrugadora, bien o mal hecha.

Si el abandono de una tumba es notorio y manifiesto en ese día, bien porque hace años que murió el último familiar que podía velar por el cuidado de la sepultura, bien por ausencia justificada de los deudos, los visitantes que portan elegantes ramos y tallos no dudarán en desprenderse de una flor y la depositarán sobre la lápida inerte, cuyos dueños, desconocidos o conocidos, ya no pueden o quieren ocuparse de ella. Es una caridad de tránsito mientras se camina por la calle en dirección al lugar del último reposo del familiar propio. Hay que indicar que sólo menos del 5% de las lápidas y tumbas carecen de ofrenda floral.

En esa línea, es también habitual que las mujeres limpien, pasen el trapo y adecenten nichos que no les incumben o de fallecidos que «*nada les tocan*» pero que no van a recibir, de seguro, ninguna visita ni atención. Eso es tener «*mucha incumbencia*» y se considera una obligación moral y voluntaria siempre.

Es frecuente ver sobre las lápidas de tumbas en el suelo o abiertas directamente en tierra, alfombras de flores que componen en su distribución cromática, símbolos del mundo cristiano. Recuerdan en miniatura las espléndidas alfombras de serrín de colores que en el día del Corpus se extienden por las calles de la localidad de Elche de la Sierra (Albacete).

El aliño y distribución de las flores se convierte en todo un ritual. Se puede comprobar que las mujeres tocan y retocan durante minutos y minutos los manojos, los tallos, las hojas, las corolas, ... y hasta que no quedan plenamente satisfechas no cejan en su empeño de obtener una grata combinación de colores o de volúmenes.

Lógicamente las flores naturales depositadas se marchitan al cabo de unos días. En previsión de ello, se colocan en los costados de la lápida flores de papel, de plástico o de tela, para que perduren hasta la nueva visita y manifiesten a otros visitantes que los familiares de esa lápida son cuidadosos con las necesidades del fallecido.

Los familiares riñen con suavidad pero con firmeza a los niños que, jugando o corriendo, osan pisar con sus piecitos sobre las losas de las tumbas: «*No se juega ni pisa sobre las lápidas, que te pegan sus dueños*». La solícita y prudente madre se refiere al difunto, que acaso puede despertar por los pasitos del niño y



castigar de alguna forma su intrusión en el mundo del silencio. También les prohíben con ternura pero con autoridad, que toquen las flores que ya han depositado los familiares del difunto u otros visitantes desconocidos.

En ese sentido, si un familiar llega a visitar la tumba o el nicho después que otro y ya no se encuentran, no alterará bajo ningún concepto la distribución o el número de flores ofrendadas al difunto. Aunque no sea de su agrado el color o la impericia del que le antecedió en el ritual.

Para los familiares es primordial el buen gusto en el ornato de la lápida o de la tumba: «*¡No está arreglado con gracia!*», se dice cuando un familiar se queja de la precipitación o del escaso interés del que le ha precedido en la ofrenda de flores. El prestigio y el decoro de toda la familia queda en entredicho si un manazas o un pariente poco sensible y entrañable con el difunto, ha dispuesto las flores de forma torpe, destartalada, en nada armónica. Adecentar y distribuir las flores con acierto garantiza el elogio de propios y extraños: «*¡Vosotros sí que lo habéis puesto precioso, precioso de verdad, hijos míos!*».

El robo o el expolio de imágenes, cruces, flores o jarros, está considerado como una de las peores acciones que pueda cometer un desalmado o un traficante de antigüedades: «*¿Qué clase de persona puede ser ésa?*», se dicen escandalizados los familiares que visitan a los suyos. *Si a mí me da cosica tocar un cacharro de plástico. Yo no soy capaz de tocar ni una flor*», añaden con un gesto rotundo de desaprobación. En efecto, está muy mal vito que alguien se apropie de algo que pertenece a otro nicho o tumba, aunque sea un simple y viejo recipiente de plástico. La ofensa se infiere al difunto: «*se le quita al muerto lo suyo*».

La jornada es importante porque, además de visitar a los fallecidos, las familias y los parientes más o menos próximos, se reencuentran y departen entre sí. Unas veces la conversación es íntima pero en otras ocasiones se hace casi a gritos y se discute sin rubor. En efecto, los familiares y parientes pueden solventar sus diferencias o dirimir sus rencillas; u organizar bodas, bautizos o comuniones; o discutir sobre condiciones y detalles de dichos ritos. Se critica y se alaba, se acuerda y se discrepa, se avienen a razones o se separan malhumorados. Es una jornada para hablar y perfilar matices.

Y las discusiones suben de tono cuando se trata de mover («*llevar*») a los difuntos de un lugar a otro dentro del cementerio. Se considera que es bueno que los esposos compartan nicho o que sean vecinos colindantes. Lo mismo ocurre con padres e hijos e hijas. Pero no todos los parientes o descendientes están de acuerdo: «*¡Tú no mandas y no te lo vas a llevar (mover) mientras yo viva! ¡Qué disgusto me das!*». Otros, en cambio, cuando tras papeleos y permisos logran la unión de los abuelos, como en su matrimonio mientras vivían, exclaman: *¡Ya están otra vez junticos!*». Se repite así el matrimonio en vida y se reproduce en el más allá.

Pero también, y fundamentalmente, es una jornada de reflexión: «*A cada santo le llega su día*», exclaman algunos en una frase de doble lectura. En ese día, es especial si el óbito es reciente, se llora, se suspira, se gime y, en definitiva, se

recuerda ante la sepultura. Son frecuentes exclamaciones así: «¡Yo tengo todo lo mío ahí!»; o bien: «Esta es nuestra casa. La que más tenemos que apreciar»; o bien: «Si no le pongo flores me creo que le falta algo».

Y el antropólogo puede llegar a conmoverse cuando un niño pregunta a su madre si algún día él estará también en un nicho: ¡Que no lo vean mis ojos!, exclama tierna y entrañable mientras abraza a su hijo y prosiguen su camino por el vericuetto de tumbas.

¿Ya has visto a todos los tuyos?. ¿Has visto a fulano que estaba al lado?. Son frases frecuentes que se intercambian los conocidos, las amistades y los familiares. Ver a todos implica que por ese año se ha cumplido con el ritual de forma convincente y serena. A veces, la devoción de la persona se calcula también por el número de «vueltas» que ha dado al perímetro interior del cementerio, mirando nichos, orando, saludando a los difuntos: «Yo ya he dado dos vueltas y he cumplido con ellos».

En la región de Murcia, por ejemplo, es habitual que acudan ese día al cementerio los Coros de Hermandades de la Aurora, que cantan a los hermanos ya fallecidos en particular. Comienzan sus cánticos funerarios en la capilla del camposanto, luego recorren las diferentes calles del mismo, deteniéndose con especial devoción ante sus cofrades, y culminan ante el osario común, donde no hay nombres concretos escritos. Pero sus cánticos funerarios o salves de ánimas, son también válidos para cualquier vecino o conciudadano<sup>16</sup>. Este gesto solidario recuerda, indudablemente a los citados danzantes de Issó (Hellín), quienes cantaban y bailaban en torno al lecho del moribundo para obtener un mejor lugar en el cielo. Las salves de ánimas de Murcia han de tener un significado similar.

En definitiva, la visita al cementerio y a los parientes, constituye una oportu-

<sup>16</sup> Para estos grupos de ánimas o de animeros y semejantes, LUNA SAMPERIO, M. «Sistemas y tipos de cofradías: cuadrillas, y hermandades de ánimas en Murcia, Albacete y Andalucía Oriental». *Grupos para el ritual festivo*. (Murcia, 1989). pp. 185-210. También, MUNUERA RICO, D. y RUIZ MARTÍNEZ, J. A. «Las auroras del Sureste español» *Idem*. pp. 307-318. Los Auroros, aunque vinculados al culto mariano, no descuidan la atención hacia los difuntos en circunstancias concretas. Añadir, por ejemplo, RISCO, V. «Creencias gallegas. La procesión de las ánimas y las premoniciones de muerte». *RDTP*. 2 (3) (Madrid, 1946). pp. 380-429.

Ver, igualmente, el trabajo citado por los danzantes de Issó: CARREÑO RUEDA, A. y JORDÁN MONTÉS, J. F. «Los danzantes de Issó. Interpretación de su danza y cánticos funerarios». *III Jornadas de Etnología de Castilla-La Mancha*. (Guadalajara, 1986). pp. 401-414. Ciudad Real, 1987. Sobre los rituales funerarios de Albacete, hay una interesante aportación en TOMÁS FERRER-SANJUÁN, A. «Sobre la costumbre religiosa de las ánimas». *Etnología y folklore en Castilla y León*. (Salamanca, 1986). pp. 147-153. Aunque no indica las fuentes de información, aborda tres hermandades o grupos que presentan vinculaciones con los rituales funerarios: hermandad de ánimas de Chinchilla, de Pedro Andrés (Nerpio) y danzantes de Issó. Completar con LUNA SAMPERIO, M. «Los animeros de la Sierra». *Al-Basit*, n.º 0. (Albacete, 1975). pp. 62-68.

Pero es más espectacular la danza funeraria que DAVILLIER y DORÉ, recogieron e ilustraron magníficamente en Jijona, cuando realizaron su viaje por España hacia 1860: DAVILLIER, Ch. y DORÉ, G.: *Viaje por España*, Madrid, 1949. Ediciones Castilla. p. 484 y un grabado excelente inmediato titulado «Danza fúnebre en Jijona».

tunidad, para las gentes sencillas o no tan sencillas, de acercarse a la comprensión del fenómeno de la muerte. Todo un universo de sensaciones y de expresiones se manifiesta esplendente en esa jornada de dolor pero también preñada de color y de calor humano.

### 2.3. MATRIMONIOS Y DIFUNTOS

Nos causó una honda sensación comprobar cómo algunas parejas de novios, tras celebrar su boda en la iglesia, acudían de inmediato al cementerio. Allí, ante la tumba de un ser muy querido de la familia de los cónyuges, depositaban el ramo de flores de la esposa. Es un acto que revela la íntima comunión entre vivos y muertos en la mentalidad tradicional. Con ese gesto se daba a entender que los difuntos más añorados y estimados no eran olvidados y se les hacía copartícipes de la ceremonia que es símbolo de alegría y de esperanza. La prometedora fecundidad del joven matrimonio, la belleza del ramo florecido y su simbolismo de fertilidad, garantizan o auguran la resurrección completa de los fallecidos. Pero esta costumbre parece que ha sido recientemente adquirida.

### 2.4. LAS VIUDAS Y LOS DIFUNTOS

El anciano sepulturero nos indicó que algunas viudas introducían las ropas de los maridos difuntos dentro del ataúd o las dejaban sobre él, una vez introducido en el nicho. Tal detalle no obedece a una ofrenda funeraria o a un uso ritual por parte del muerto en el más allá (como se hacía, por ejemplo, en el siglo XVII con los hábitos de franciscanos). Como relataba el enterrador, simplemente era una medida higiénica para evitar contaminarse de la enfermedad del fallecido. De nuevo un gesto cotidiano no debe ser interpretado desde las perspectivas mágicas o religiosas, sino que se trata de una simple prudencia sanitaria o profiláctica.

Otras personas nos indicaron que a veces se introducía junto al cadáver un rosario para «librar al difunto de sus pecados». Un objeto profiláctico, usado con éxito y devoción en vida, ayuda a realizar el tránsito hacia el más allá.

### 2.5. LOS CASI EXCLUIDOS: SUICIDAS, AJUSTICIADOS Y NO BAUTIZADOS

Antiguamente los suicidas eran enterrados dentro del campo santo, pero en un rincón marginal del mismo, en una especie de «corral», donde permanecían aparte del resto de los santos difuntos.

En Yeste y Nerpio el suicidio era llamado la «muerte fea» y no merecía ni velatorio ni especiales cuidados. En el sepelio imperaba el silencio más absoluto ante el cadáver del suicida y sus familiares. La ceremonia del entierro casi pasaba desapercibida y se hacía en un rincón con maleza o semiderruido: *«porque un cuerpo sin gracia de Dios no puede ir a Tierra Santa»*. Impresionante afirmación que condenaba al desgraciado a vagar por el éter en espera de la misericordia del Creador. Como se nos indicó, en las aldeas se le negaban al suicida tres elementos básicos: *«La misa, la tierra y el duelo de los parientes y amigos»*.

No se puede hablar de crueldad sino de temor por la muerte violenta y de advertencia moralizadora para el resto de los habitantes de la montaña. Por una parte, las personas asesinadas o suicidadas tenían más posibilidades de aparecerse a los vivos, asustarles y reclamar para sí misas y el cumplimiento de las promesas incumplidas por fuerza. Pero también es verdad que hacían falta todos los brazos para el trabajo de la comunidad rural y la desaparición del padre de familia dejaba en la miseria a la esposa y a los hijos, además de obligar al resto de las familias de la comunidad campesina a ejercitar su caridad y mantener a la familia afectada por la desgracia.

En la citada serranía de Yeste y Nerpio se enterraban, no obstante, incluso las partes del cuerpo humano que por una reyerta o un accidente, habían quedado separadas de la persona: *«Porque somos personas y no animales es por lo que nos enterramos. En eso nos diferenciamos»*. La frase pronunciada por los naturales revela perfectamente la concepción sacral del sepelio en el mundo rural y su trascendencia.

En la misma serranía del alto Segura, los fetos de abortos por accidentes o los bebés sin bautizar tampoco se llevaban al cementerio, sino que los padres los envolvían amorosamente en telas o los introducían en recipientes de vidrio con agua y alcohol y los enterraban después bajo el suelo de sus dormitorios matrimoniales: *«Porque era una persona»*. Si los padres deseaban que reposara en el cementerio, debían depositarlos en recintos semiderruidos y solitarios del campo santo, sin ceremonias. Por esa razón, los padres preferían proporcionar a su hijito no nacido el calor de su alcoba antes que el frío y la soledad de una tumba abierta en un rincón miserable del cementerio.

A los *«niños de gloria»*, *«sin malicia»*, de menos de un año (o de pocos años) pero sí bautizados, no se les rezaba ni se les guardaba luto, ni se le hacía velatorio. Sin embargo, sí se les enterraba en el cementerio, en un ataúd con las tablas de madera pintadas de blanco y recubierto con una tela blanca. A veces incluso se bailaba y se festejaba al son de instrumentos musicales que *«hubiera terminado de padecer»*.

### 3. PRESAGIOS DE MUERTE

Recordamos también que hubo presagios de muerte, muy diversos y espe-

cialmente sentidos en estas fechas, para prever con antelación el instante y la circunstancia fatídica de la muerte de las personas. En la psicología de nuestra especie y en sus ansias de pervivencia, siempre se esconde el deseo de conocer y dominar de alguna manera o modificar el instante del último aliento, corrigiendo, si es posible, su desenlace. Diversas son, por tanto, las fuentes de los presagios.

### 3.1. S. PASCUAL BAILÓN, UN SANTO FUNERARIO

El santo preferido para obtener presagios era S. Pascual Bailón. A él se le rezaba para que avisara al devoto o al orante de la inmediatez de su muerte, la cual sería anunciada con tres golpes en los muros de la casa o en los muebles, durante tres días consecutivos (total de 9 golpes). Así, la persona avisada se preparaba espiritualmente y el tránsito se le hacía más liviano. Incluso se relatan casos de personas anunciadas que solicitaban las ropas del amortajamiento a sus familiares con total naturalidad y que se introducían plenamente convencidas en el ataúd que había encargado con previsora antelación.

El fatídico santo también se manifestaba mediante las goteras. Si el agua afectaba a la habitación de un enfermo, era señal de muerte inminente.

### 3.2. POR MEDIO DE LOS SERES HUMANOS

Los seres humanos pueden también inconscientemente anunciar el fallecimiento de una persona mediante diversos avisos o anuncios:

- Cuando los niños y la chiquillería juegan y chillan durante mucho tiempo en la calle: *«los niños armando bulla y loqueriza con calderos y latas»*.
- Cuando el enfermo «hace muñecos» con las sábanas, jugando por el dolor con los pliegues y arrugas de las mismas.
- La «última lágrima» de los agonizantes es señal del duelo y de la disputa de Dios con el demonio para obtener el alma del moribundo. Lógicamente el sudor que mana del enfermo es también considerado como signo de la lucha portentosa que se ha desatado en el Bien y el Mal en el alma del que está casi muerto. Los demonios suelen colocarse a los pies de la cama y allí pelean por arrebatarse el alma a Dios. Los ángeles y el Señor, por el contrario, ocupan el lugar de cabecera. El mundo de la luz y más elevado, junto al crucifijo o imagen religiosa que presidía el tálamo conyugal, estaba santificado. Los poderes del Averno y de las tinieblas siempre se sitúan a los pies, en una posición de inferioridad espacial.
- Si el enfermo o agonizante comienza a mirar a un lugar determinado, a hablar o a sonreír aparentemente, se dice que está recibiendo la visita de familiares ya fallecidos que acuden en el momento crucial para aliviar su sufrimiento y para acompañarle espiritualmente. El moribundo conversa con sus antepasados y se siente arropado por ellos. Así, el peligroso momento del tránsito se realiza en

buena compañía y experimentada.

—La visión de «sombras» o «semejas» por parte de los videntes o «espiritistas» de la aldea.

Hay, en efecto, vecinos con el poder y la facultad de la clarividencia ante los espíritus, con forma humana, de los próximos difuntos. Y ese poder lo obtenían desde el día de su nacimiento. Los videntes eran capaces de ver vagar a esas sombras silenciosas que nunca respondían a las llamadas del vidente, por los campos de cultivo, por los caminos o por las puertas de sus casas, como habitualmente hacía el vecino. Pero no podían desvelar bajo ningún concepto ni la causa del óbito, ni el nombre del futuro muerto, ni el día del fallecimiento, ya que en caso de romper el silencio obligado, serían arañados y golpeados por las ánimas. Tan sólo se les permitía advertir en una reunión o comida que alguien de los presentes moriría en breve o que antes de tal cosecha o de tal recolección o de tal fiesta, se produciría un óbito. Entonces, cada cual, según sus pensamientos y creencias, arreglaba las cosas de su casa, perdonaba o era perdonado, se sosegaba espiritualmente y modificaba para bien su existencia.

Otros videntes afirmaban que veían los futuros sepelios y ceremonias funerarias y que oían en ellos el nombre del futuro fallecido.

Es tarea de otros investigadores determinar los poderes psíquicos de tales videntes.

—Los vecinos que en la madrugada de S. Juan comprobaban que su sombra proyectaba dos cabezas o que producían sombra corporal sin cabeza, sabían que antes de otro S. Juan iban a fallecer.

### 3.3. POR MEDIO DE LOS ANIMALES

Los animales también ofrecen indicios de muerte próxima pues barruntaban la desgracia:

—Los perros que aullaban con insistencia «barruntaban» la muerte inmediata. Se decía que los perros veían los espíritus de aquellas personas que estaban a punto de fallecer y que ya vagaban en las calles o en las inmediaciones del hogar.

—Los gatos que maullaban durante toda la noche «como personas o como niños», eran igualmente delatores de la presencia de la muerte.

—Si los mulos se «ponían roncós y con las orejas aguzadas».

—Si las gallinas (no los gallos) cantaban durante el sueño de los mortales, era indicio de muerte próxima.

—Las lechuzas posadas en los tejados y emitiendo su respiración profunda durante varias noches, anunciaban la muerte de un vecino de esa casa. También si «suspiraban» encaramadas en las carrascas inmediatas a la aldea.

—Los vuelos y graznidos de los cuervos y grajos eran síntoma de muerte próxima. Pero también su voz: si estaban «acarrascaos» o graznaban de modo lúgubre, extraño o si «cantaban feo», era indicio de muerte en la aldea.

#### 3.4. POR MEDIO DE LOS VEGETALES

No se constatan casos con claridad, si bien en Yeste se narran fabulillas en las que interviene el gamón, planta con flor blanca y con un significado funerario, como señal de fallecimiento.

#### 3.5. OTROS INDICIOS: LAS SENSACIONES

Otras sensaciones anuncian igualmente un fallecimiento próximo:

- El olor a cera quemada.
- Resplandores observados a través de las ventanas.
- Soñar que aves o pájaros picotean la cabeza de la persona que duerme.
- El fallecimiento en Domingo provoca irremisiblemente otra defunción al Domingo siguiente. Pero el día más terrorífico era el Viernes. La muerte en el día de la crucifixión de Cristo implicaba nada menos que siete fallecimientos más de forma próxima.
- En el barrio de S. Rafael de Hellín, antigua judería, se dice que cuando una cruz entra en Viernes, es decir, cuando alguien muere en esa fecha y recibe los santos óleos y la visita del sacerdote para la extrema unción, arrastra a la muerte a otros siete.
- Si el muerto quedaba con un ojo abierto, esa mirada terrible atraía a la muerte a otro vecino. Por ello, ocasionalmente se velaba su rostro con una tela de seda blanca que los familiares inmediatos podían levantar si deseaban ver al difunto un instante o despedirse de él.

#### 3.6. LOS OBJETOS INANIMADOS

Los objetos inanimados también podían indicar, casual o fortuitamente, la proximidad de un fallecimiento o afectar fatalmente a los vivos:

- Si al salir el cortejo fúnebre con el ataúd sobre la caballeriza en dirección al cementerio, el féretro se bamboleaba hacia una casa o persona concreta, señalaba el hogar o el vecino amenazado de muerte.
- La sombra proyectada por el ataúd a lomos del burro y que tocaba momentáneamente a un vecino, era considerada de muy mal presagio y agüero.
- El detenerse la rueda del molino de aceite o de harina era señal de fallecimiento inminente en la familia del molinero.
- Si el cedazo era sacudido a los pies de una persona de forma involuntaria y sus pies quedaban cubiertos del polvo blanco de la harina, era mala señal para su salud.

### 3.7. POR MEDIO DE LOS ASTROS

—Ver «correr» una estrella en el firmamento, esto es, un meteorito, era indicio o anuncio de que se había producido una muerte y que el alma vagaba ya por el espacio en busca de su destino final. Entonces se le rezaba una breve oración para que su ruta fuera breve y su destino el Paraíso.

## 4. SEÑALES DE MUERTE TRAS EL FALLECIMIENTO

Una vez producido el fallecimiento de una persona, tras haber atendido o no a los presagios, se expresaba el luto de muy diferentes formas. El dolor impedía hablar por medio de las palabras; pero se recurría a un nutrido conjunto de señales que comunicaban la intensidad de la desgracia y la duración de la misma. Así, se marcaba en cierto modo el territorio mediante la instalación de signos bien visibles.

### 4.1. EN LA CASA

Había señales de luto en la casa o en la aldea de muy diversas características:

- Adornar con cenefas negras o retales de tela del mismo color las puertas y ventanas de la casa.
- Pintar de negro las chimeneas o las cornisas.
- Invertir los cuencos y los cacharros de cerámica decorativos en las alacenas del hogar.
- Volver del revés las fotos del difunto, los almanaques o los cuadros de la casa. En el primer caso, quizás, para evitar la terrible mirada del fallecido desde el más allá.
- Colocar los espejos del revés o cubrirlos con sábanas blancas. El espejo es un objeto que interviene en multitud de rituales mágicos, adivinatorios y funerarios con suma frecuencia. La imagen que refleja puede proceder del mundo de ultratumba, de otra dimensión situada al otro lado de la superficie transparente. A veces de decía que el muerto se veía a través del espejo, sobre todo cuando por la noche se colocaban varias velas enfrente. Era por tanto necesario y vital impedir el acceso de seres extraños y demoníacos a través de esa ventana de cristal, ya que en su superficie los valores y las referencias de posición se invierten; no participan del orden sino del caos ajeno a la Creación.
- Los cencerros de las vacas y de las ovejas eran silenciados mediante pañuelos y trapos, anudados en los badajos. El sonido es siempre signo de vida y se eliminaba temporalmente.
- Las macetas con flores se «aorillaban» y se situaban en lugares poco visibles.



—Encender gran número de velas en el interior de la casa para que el alma del difunto hallara sin dificultad la salida de la misma. Para ello también se abrían todas las puertas y ventanas. Era necesario crear un camino de luz hacia el exterior y ventilar las estancias para propiciar su purificación. Se apremiaba en realidad al difunto para que abandonara el territorio de los vivos y se enfrentara a su destino.

#### 4.2. EN EL CAMPO

Cuando un campesino moría por accidente, infarto o acto violento en el campo, en la huerta o en el monte, el espacio que había sido testigo del hecho amenazaba con volverse adverso y peligroso y un escalofrío de temor se apoderaba de los convecinos cuando salían a labrar o a regar cerca del lugar de la desgracia o cuando transitaban por los caminos que atravesaban aquel espacio casi maldito. Y más si era de noche o durante el crepúsculo. Era necesario, en consecuencia, purificar y santificar aquel punto fatídico para que el ánimo del difunto, que acaso vagaba por allí, no perturbara o asustara a los campesinos o para que no dañara las cosechas, el ganado o las bestias de carga y transporte.

Había dos remedios infalibles:

—Depositar cada caminante que pasara por allí una piedra y rezar un padrenuestro. Así, se creaban montículos por acumulación de piedras. Para sacralizar el monumento lítico se le hincaba una cruz de madera. Al depositar el viandante la piedra en el túmulo creciente, conseguía que cualquier emanación negativa del lugar o del difunto se adhiriera a la roca y que el campesino, el pastor o el recobero se machara libre de todo perjuicio, pudiendo proseguir con su camino y sus labores habituales.

—Hacer nudos en las matas de esparto o en las retamas inmediatas al lugar de la muerte súbita y repentina. El nudo permitía así atar lo malo y lo peligroso que pudiera emanar de aquel sitio. Se podían añadir, dispersas, pequeñas crucecitas de romero, planta sagrada en muchos rituales tradicionales.

#### 4.3. SEÑALES DE LUTO EN LA ACTIVIDAD DE LOS HOMBRES

Las personas también manifestaban exteriormente el dolor por la desgracia. Las mujeres vestían de negro y se «colgaban la pena», es decir, el velo. Los hombres expresaban el período de luto de las siguientes formas, que también afectaban a las mujeres:

—No se cantaba ni reía en las labores del campo.

—No se silbaba o juraba o maldecía o insultaba. Se mostraba especialmente reservado y callado.

—No se tañían instrumentos musicales.

—No se jugaba a las cartas o al dominó u otros juegos de mesa en las tabernas,

con compañeros de trabajo o amigos.

—No se escuchaba la radio (o la televisión a partir de los años sesenta).

En efecto, la tristeza y el dolor por la pérdida de la persona amada o querida no sólo debía sentirse sino expresarse ante la comunidad, los vecinos y los familiares más próximos. El no expresar de forma correcta y ritualizada la pérdida trágica de un ser, implicaba automáticamente la crítica, las suposiciones malintencionadas, las sospechas calumniosas. Ello especialmente entre las mujeres. Entre los hombres, en cambio, se alababa la entereza y la sobriedad en la expresión del dolor.

## 5. RITOS DE PROTECCIÓN Y ATENCIÓN

### 5.1. HACIA LOS MORIBUNDOS

Ante el moribundo existía una serie de prácticas habituales que le aliviaban el dolor y la angustia final:

—Colocar la cama o el catre en el que yacía el agonizante, en posición transversal respecto a los maderos o vigas del techo de su habitación. Así se formaba una cruz simbólica en el espacio que bendecía la estancia y besaba el rostro de la persona enferma.

—Bendición por parte del sacerdote con agua de la montaña del Calar del Mundo o de fuentes consideradas con propiedades benéficas. Esa agua «ayudaba a bien morir».

—Utilizar determinadas imágenes o cuadros de santos y cristos para aliviar el dolor y la agonía final del moribundo. En el barrio del convento de Santa Clara de Hellín, una familia se ha ido transmitiendo un cuadro en el que se representa un Cristo atado a la Columna del suplicio y que es usado en los trances finales de la vida. Dicen las gentes que el Cristo suda sangre conforme se extingue la vida del enfermo o que incluso se oyen voces premonitorias que surgen de la figura y que anuncian los óbitos.

### 5.2. HACIA LOS DIFUNTOS

Pero también, una vez fallecida la persona, su alma requería toda una serie de atenciones para que su peregrinar hacia el Paraíso fuera fácil, sereno y seguro, libre de las acechanzas de los demonios que poblaban el éter. Los difuntos necesitaban ser resguardados de los seres del Averno, de los poderes del mal y de los peligros imprevisibles en el camino hacia la vida eterna.

Existía gran variedad de recursos y armas:

—Cumplir las promesas que el difunto no había culminado en vida, bien por

desidia o por falta de tiempo. Con frecuencia se afirmaba que algunas ánimas aparecían ante sus parientes o amigos y les solicitaban que cumplieran devotamente con las obligaciones contraídas por ellas en vida pero que no habían podido satisfacer. Para ello, los difuntos alertaban o avisaban a los suyos, a los vivos, mediante señales acústicas, voces de ultratumba o recados dejados a los vecinos y amigos. Eran auténticas apariciones muy temidas por los aldeanos.

—Rezar oraciones. La más efectiva era la de las «Doce palabras retornadas», en un ambiente de penumbra, de murmullo incesante.

Otras oraciones permitían sacar a las «almas en pena» del Purgatorio.

También rezar el novenario durante nueve noches consecutivas.

En el velatorio de la primera noche las mujeres lloraban y los hombres comentaban las virtudes de la persona muerta. Ocasionalmente se producía también un banquete funerario, una especie de refrigerio. Se consideraba muy importante no dejar «sólo al muerto», como una especie de último servicio. Era un acompañamiento simbólico y piadoso por el camino hacia el Más Allá y hacia el Paraíso.

—Danzar, bailar, tañer instrumentos y aun cantar en torno a la cama del difunto. El fin era «obtener un lugar digno en el Paraíso». La música y el sonido actuaban en realidad como psicopompos que evitaban la presencia o la persecución de los demonios y que garantizaban el tránsito hacia la vida eterna. Los músicos eran asimismo verdaderos Orfeos.

—Colocar en el ataúd un rosario, para que sus pecados le fueran perdonados más fácilmente: *«para librar al difunto de sus pecados»*.

—En algún caso aislado se le ponían tijeras abiertas en forma de cruz para evitar la putrefacción del cadáver o el inflamamiento del vientre, además del mal olor durante el velatorio. El hierro y el signo obraban en beneficio del difunto.

—También se podía colocar una bolsa de sal en el vientre del muerto para evitar la descomposición, recordando que la sal es un elemento mágico y protector de las comunidades campesinas contra las tormentas o las brujas, por ejemplo. Así, la sal preservaba la vida de los vivos y contenía la aparición o manifestación de las potencias del mal.

—Celebrar y «pagar misas» en la iglesia donde habitualmente acudía la persona muerta. Cuando se celebraban esas misas, se creía que el difunto asistía agradecido y que se le veía situado en el altar mayor del templo.

—Morir en Sábado o en Domingo era más favorable: «se moría en buena opinión». El Domingo actuaba como arquetipo benéfico y era el día de la Resurrección de Cristo. ¿El Sábado puede ser considerado una pervivencia judía?

Lógicamente, todos estos rituales y prácticas de protección y ayuda a los difuntos también servían de forma indirecta para preservar la seguridad de los vivos, de los que permanecían en la Tierra laborando, riendo y sufriendo. La victoria del fallecido y su acceso al Paraíso era la mejor garantía de que jamás volvería con malas intenciones o de forma sorprendente, causando daño o miedo a los pobres mortales.

Pero insistimos en la famosa oración de las *palabras retornadas* y que se extiende por toda la serranía meridional de Albacete, además de haber sido encontrada y estudiada en su día en Galicia, donde se le llama *Oración de las Palabras de S. Juan retornadas*. Aunque existen variantes los matices diferenciadores son mínimos y podemos hablar de un modelo alterado por tradiciones locales.

En la oración intervienen dos personajes: uno de carácter maléfico, demoníaco; otro humano. El segundo reclama el conocimiento de la oración poderosa al primero aunque estableciendo un abismo entre ambos para impedir que los poderes infernales le contagien. En otras versiones, por el contrario, el ser humano reclama a alguien, sin especificar, el conocimiento de la oración.

Reproducimos uno de los modelos (recogido en el Llano de la Torre en Yeste), repleto de símbolos extraídos del Antiguo y del Nuevo Testamento:

*«Del Señor Ángel de la Guarda, dime las palabras retornadas:*

*—La una, la Casa Santa de Jerusalén, donde Cristo puso el pie para subir al cielo, amén.*

*Del Señor Ángel de la Guarda dime las palabras retornadas:*

*—La una, la Casa Santa de Jerusalén, donde Cristo puso el pie para subir al cielo, amén.*

*—Las dos, las dos tablas de Moisés.*

*Del Señor Ángel de la Guarda dime las palabras retornadas:*

*—La una, la Casa Santa de Jerusalén, donde Cristo puso el pie para subir al cielo, amén.*

*—Las dos, las dos tablas de Moisés.*

*—Las tres, las tres Marías.*

(A CONTINUACIÓN REPRODUCIMOS ÚNICAMENTE EL INICIO DE CADA NÚMERO YA QUE EL ESQUEMA SE REPRODUCE CÍCLICAMENTE Y RETORNA SIEMPRE AL PRINCIPIO)

*—Las cuatro,... los cuatro evangelios.*

*—Las cinco,... las cinco llagas.*

*—Las seis,... las seis velas que ardieron en Galilea.*

*—Las siete,... los siete dolores.*

*—Las ocho,... los ocho coros.*

*—Las nueve,... los nueve meses.*

*—Las diez,... los diez mandamientos.*

*—Las once,... las once mil vírgenes.*

*—Las doce,... los doce apóstoles.*

*—Las Trece,... los trece rayos del sol que le caigan al demonio y le partan el corazón».*

A la oración se le añadían signos de la cruz.

En algunas versiones la Casa Santa es sustituida por *La Virgen Pura que nació en Belén para librarnos del enemigo malo, amén*. Y las Tres Marías son sustituidas en otros casos por *Las Tres Personas distintas de la Santísima Trinidad*.

Los encabezamientos iniciáticos de la oración pueden variar también y seguramente indican conocimientos esotéricos populares: Los reproducimos:

a) *Amigo, duermo, no duermo. Amigo, dime las Palabras Retornadas. Amigo tuyo no. Las palabras retornadas yo te las diré.* (recogida en Sege, Yeste).

b) *Hombre, ¿duermes o no duermes?. Las Palabras Retornadas del Ángel de la Guarda dime la una...* (recogida en Arguellite, Yeste).

Esta oración pretende crear un círculo mágico protector del difunto, una vez que se le ha extraído, con el remedio de la palabra, el conocimiento al Demonio. Las alusiones a figuras y símbolos de la Biblia contribuye al carácter profiláctico de la oración.

Hay también una intención de encontrar al Demonio en un estado de semiinconsciencia que permite acceder sin excesivo peligro a las fórmulas orales salutíferas. La propia entonación con la que los naturales acompañan el recitado de la oración, ayuda a crear un ambiente místico, de recogimiento. A su vez, las palabras son pronunciadas a una velocidad vertiginosa, sin pausa y, a veces, los versos se cantan al revés, comenzando por el último y concluyendo por el primero. Un runrún hermético invade la atmósfera oscura del velatorio y crea un ambiente tétrico y sobrecogedor para el vecino sensible.

La intención última de esta impresionante oración era conseguir que el alma tuviera un viaje sereno hacia el Paraíso, libre de las acechanzas últimas del Maligno. Las mujeres se afanaban con diligencia en esa noble y crucial tarea y trataban de encantar o despistar a los demonios que se aproximaran al lecho del difunto para arrebatarse el alma de la persona muerta. En efecto, el sonido envolvía el cadáver y protegía al alma en su elevación.

Otras oraciones más sencillas, pero más cautivadoras, se dirigían a S. Miguel para que protegiera al difunto en el tránsito hacia el Paraíso:

*«A San Miguel  
para que le pese  
el alma bien.  
Para darle alegría  
a la Virgen María  
y al demonio pesar,  
las tres Ave María  
voy a rezar».*

Recordando fórmulas egipcias ante el tribunal de Osiris, existían otras oraciones, éstas recogidas en Yecla (Murcia), muy interesantes que también protegían el último viaje del alma:

*«Contempla alma mía  
que Jesucristo os considera  
que Jesucristo murió por ti  
y que por Él morirás.*

*En el camino encontrarás  
a Satanás y le dirás:  
¡Anda, anda, Satanás!,  
que en mi alma  
parte no tendrás,  
que en el día  
de la Encarnación  
de mi Señor Jesucristo  
recé cien Ave Marías  
con cien cruces».*

La oración es extraordinaria por el relato de un viaje, el encuentro con el Demonio que asalta al alma y por la protección ritual que ésta blande mediante la oración.

En una variante recogida en Hellín se escucha lo siguiente:

*«Alma mía, despierta en ti,  
que Jesucristo murió por ti  
y tú por Él morirás.  
Por el valle de Josafat pasarás.  
Al enemigo malo encontrarás  
y estas palabras le dirás:  
Apártate de aquí Satanás,  
que no tienes parte en mí  
ni en el alma mía.  
Que el día de la Encarnación de María  
hice cien cruces  
y recé cien ave marías».*

Por último, había oraciones para sacar almas en pena del Purgatorio. Un primer ejemplo fue recogido en Yecla.

*«Viernes Santo de la luz  
crucificaron a Nuestro gran Jesús  
y dice Pilatos:  
¡Qué miedo da!  
No haya miedo ni temor  
que el que todos los viernes del año  
rece esta oración  
sacará un alma de pena  
y la suya de pecado.  
Quien la sabe y no la dice,  
quien la oye y no la aprende,  
en el Tribunal de Dios  
verá lo que le sucede».*

Otro segundo ejemplo, más elaborado y extenso, procede de Hellín:

*Cuando Dios salió de casa  
no sabe cómo salía.  
Con una cruz en sus hombros  
y un ángel de compañía.  
Ya traspone aquella umbría  
y se encuentra con un rico,  
rico de mala encolía.  
Le pregunta que si hay Dios,  
dice que no lo sabía.  
Le pregunta que si hay Virgen  
lo mismo le repondía.  
—Calla, bruto original,  
que hay Dios y Santa María,  
que antes que llegue la noche  
te puede quitar la vida.  
No fue dicha la palabra  
cuando la muerte venía.  
—Déjame, muerte rabiosa,  
déjame siquiera un día,  
que confiese mis pecados  
y a Dios le entregue mi vida.  
—No te la puedo dejar,  
viene el castigo de arriba.  
Te pregunto que si hay Virgen,  
lo mismo me respondías.  
Y en aquel momento  
Dios le quitaba la vida.  
Llegó a las puertas del cielo,  
cerradas con la «debilla».  
Llegó a la puerta del infierno  
y en par en par las tenía.  
Salieron todos los malos:  
—Siéntese usted en esa silla.  
Y de cama le pusieron  
cuatro ascuas encendidas,  
y de cena le pusieron  
una culebra cocida.  
El que diga esta oración  
una vez al acostarse,  
sacará un alma de pena  
y la suya de pecar.*

*Quien la sepa y no la diga,  
quien la sienta y no la aprenda,  
en el día de su juicio  
tomará lo que le venga».*

## 6. LOS ANIMEROS<sup>19</sup>, VELADORES DE LOS DIFUNTOS

Existieron en tiempos no muy lejanos cuadrillas de hombres destinadas devotamente a la recogida de limosnas, en moneda o en forma de alimentos, que serían destinadas a sufragar los gastos de las misas destinadas a los difuntos, a las «ánimas benditas», con el fin de evitarles o acortarles las penas del Purgatorio. Los grupos estaban extendidos por todo el SE peninsular.

Los animeros salían a las calles de los pueblos, aldeas y cortijadas los días 25 y 26 de Diciembre. Sus integrantes eran voluntarios que realizaban una labor benéfica para la comunidad campesina, a la que le recordaban sus obligaciones morales y religiosas para con los difuntos, además en fechas especialmente señaladas como eran las de la Navidad, en las cuales la caridad y el respeto por las personas eran tenidos especialmente en cuenta.

Solían portar un estandarte, cuadro o lámina de la Virgen o de algún santo patrón del lugar. Tañían diferentes instrumentos, como guitarras, acordeones, violines, bandurrias, laúdes,... u otros más sencillos y rústicos: flautas de caña o nueces vacías con huesos.

Al llegar a la puerta de una casa preguntaban con sumo respeto: «¿Se canta o se reza?». Con esa exquisita prudencia sabían al instante si la familia celebraba feliz la Navidad o si estaba de luto por un óbito reciente. En el primer caso, los animeros entonaban villancicos y otras letras alegres; en el segundo, rezaban con los vecinos apesadumbrados por la desgracia.

Los vecinos que recibían las visitas de los animeros les podían exigir que superaran algunas pruebas físicas o ciertas dificultades de habilidad: encaramarse a un árbol, lavarse el rostro con agua helada de los lavaderos, fastidiar con la música ante las casas de vecinos insolidarios o ariscos,... Eran pruebas penitenciales que los animeros debían cumplir de forma personal e irremediabilmente si querían conseguir recursos para las ánimas benditas. También así el animero redimía en vida parte de sus culpas, en una actitud devocional.

A cambio de tocar los instrumentos, los animeros recibían comida no festiva: trigo, cebollas, patatas, garbanzos, alubias, embutidos caseros, panochas de maíz, nueces,... que más tarde trocaban por dinero tras una subasta o venta. Con

<sup>19</sup> Sobre todas estas cuadrillas y grupos locales, además de los datos de la nota anterior, ver las diferentes aportaciones recogidas en *Grupos para el ritual festivo*, Murcia, 1989. La obra está coordinada por LUNA SAMPERIO, M. Interesan especialmente los artículos reunidos en el Capítulo II de la obra.



las monedas obtenidas se sufragaban misas por los difuntos de la localidad o de la aldea, se mantenía el culto de las ermitas y se atendía a las necesidades de los más desfavorecidos del término. Así, de forma imperceptible, los animeros fomentaban la solidaridad y toda la comunidad campesina o ciudadana participaba en una caridad colectiva y en la redistribución menor de las riquezas.

La presencia de los animeros era siempre deseada si no había luto en la casa, pues transmitían el gozo y la felicidad del momento y permitía a los miembros de la familia mostrarse solidarios con los pobres y con los difuntos. Pero, lógicamente, había vecinos roñas, tacaños o desabridos, que rehuían la llegada de los animeros y que les negaban, aunque no estuvieran en duelo, lo poco de comida o de dinero que se les entregaba a los músicos. Esas personas que no se adherían al rito ni a la ceremonia festiva, perjudicaban la fluidez de los futuros beneficios derivados de la generosidad colectiva y por tanto alteraban la concordia de la comunidad. En consecuencia, la familia que se negaba a colaborar en la salvación y alivio de las penas de las ánimas benditas, era muy criticada socialmente ya que se negaba a participar de la salvación común y del esfuerzo desprendido de todos. No se integraba en el deseo colectivo. Para tales vecinos egoístas, los animeros reservaban las estrofas más hirientes:

*«A las ánimas benditas  
no se les cierra la puerta:  
diciendo que perdonen  
ellas se van tan contentas».*

El vecino así motejado quedaba en ridículo ante sus paisanos, se sabía que era un avaro y era objeto durante semanas de chanzas y comentarios despectivos. Su situación era realmente embarazosa ante las miradas y los susurros, en especial si se sabía que su posición económica era desahogada. El miedo a la palabra y crítica comunal obligaba a la esplendidez y a la generosidad.

Una vez recogido o recaudado todo lo que se había entregado a los animeros, era el sacerdote el que administraba. Entregaba a los animeros una pequeña suma para que se tomaran un refrigerio y celebraran el sacrificio benéfico. La comida unía de nuevo a los hombres en amigable charla. El resto servía para costear misas o atender las múltiples y pequeñas miserias de los más desharapados.

Comentamos al principio que el grupo de los danzantes de Isso, adquirió un carácter funerario y han de ser considerados auténticos animeros. Además de los servicios prestados y descritos en las líneas anteriores, estos danzantes de Isso eran reclamados por los familiares de los difuntos para que bailaran y cantaran en torno al lecho, con el fin de orientar su postrero viaje hacia la eternidad y *«conseguirle un buen lugar en el cielo»*.

Hemos de señalar, por último, que los animeros coincidían en el tiempo y en el espacio con otros grupos masculinos con actividades diferentes: los «aguinalderos» y los «inocentes», sin que hubiera animosidad o rivalidad recaudatoria entre ellos.

## 7. LOS DANZANTES DE ISSO, ANIMEROS CON DANZA FUNERARIA

Un grupo especial de animeros, que ya hemos citado, fueron los danzantes de Isso, aldea situada a unos 5 kms. al Oeste de Hellín. Este grupo era llamado por los familiares para bailar, cantar y tañer instrumentos alrededor del lecho mortuorio, con el fin de obtener para el agonizante o ya fallecido, un «lugar digno en el Paraíso» y evitar las acechanzas del demonio en el camino hacia la Otra Vida.

En Jijona ya existía esa costumbre en el año 1860, cuando los infatigables viajeros DAVILLIER y DORÉ<sup>20</sup> recorrieron la España isabelina. Reproducimos el texto íntegro donde se relata esa danza funeraria por el enorme interés del mismo, por la similitud con la descubierta y ya estudiada en Isso y por la proximidad geográfica:

*«Un día fuimos testigos en Jijona de una ceremonia fúnebre en la que, ante nuestro gran asombro, los asistentes bailaban una jota. Pasábamos por una calle desierta, cuando oímos un frón, frón de guitarra acompañado por el agudo canto de la bandurria y un repiqueteo de castañuelas. Empujamos la entreabierta puerta de una casa de labradores, creyendo que caeríamos en medio de una boda... Era un entierro. En el fondo de la sala divisamos, tendida sobre una mesa cubierta con una alfombra, a una niña de cinco o seis años, vestida como para una fiesta. Su cabeza, adornada con una corona de flores de azahar, descansaba sobre un cojín. Creímos al principio que dormía, pero al ver un vaso lleno de agua bendita junto a ella y los grandes cirios que ardían en las cuatro esquinas de la mesa, comprendimos que la pobre criatura estaba muerta. Una mujer joven, la madre, según nos dijeron, vertía ardientes lágrimas sentada al lado de su hija.*

*Sin embargo, el resto del cuadro contrastaba singularmente con esa escena de duelo. Un hombre y una mujer jóvenes, vestidos con el traje de fiesta de los labradores valencianos, bailaban en medio de la sala una jota de las más alegres, acompañándose con sus castañuelas mientras que los músicos y los invitados formaban corro alrededor de ellos y los animaban cantando y batiendo palmas.*

*Nos costaba trabajo comprender estos regocijos al lado del duelo.*

*—Está con los ángeles—, nos dijo uno de sus parientes.*

*En efecto, en España se considera que los niños que mueren van derechos al Paraíso. Angelitos del Cielo, se dice. Y por eso, al verlos partir hacia Dios, se regocijan en vez de afligirse. Así, después de la danza, oímos a las campanas tocar a gloria en lugar de tocar a muerto, como en los entierros ordinarios».*

La descripción, como decíamos, es impresionante y refleja perfectamente lo que ocurría también en el extremo meridional de La Mancha. Ver el espléndido grabado de Doré en foto (nota 20).

<sup>20</sup> DAVILLIER, Ch. y DORÉ, G.: *Viaje por España*, Madrid, 1949. Ilustración entre las páginas 484 y 485.

## 8. TIPOS DE ENTIERROS, PREVISIONES ANTE LA MUERTE Y ACOMPAÑAMIENTO EN EL DUELO

Nuestra sorpresa fue grande cuando los ancianos nos comentaron que había en Hellín diferentes tipos de entierro según la calidad y el prestigio de la persona fallecida. Debemos la información especialmente a María Dolores Morales Moreno. Según los informantes existieron tres sepelios:

- a) Entierro General: Con capilla y violines. Asistían al acto todos los sacerdotes de la parroquia con todos los monaguillos, con cruz alzada. Lógicamente estaba dedicado este entierro a los personajes ilustres o importantes de la localidad. Efectuaban varias paradas durante el cortejo fúnebre: a la altura del Teatro Principal, ante la ermita de S. Roque y junto a las llamadas Puertas de Madrid. En ellas se despedía el duelo y regresaban los sacerdotes a Hellín.
- b) Entierro inmediato. En él participaban 5 sacerdotes. El duelo era despedido en S. Roque, en el extremo del viejo casco urbano.
- c) Entierro de Media Asistencia. Intervenían ya sólo 3 sacerdotes. Despedían al difunto en el teatro Principal.
- d) Entierro Pobre. Sólo participaba un sacerdote.

Los mismos informantes nos comentaron que fue frecuente también a mediados del siglo pasado el alquiler de plañideras, las cuales lloraban y cantaban oraciones fúnebres bajo negras capuchas durante el trayecto del sepelio.

En Yecla (Murcia) existía además el cargo de «convocador». Era un personaje que recorría las calles con una campanilla que hacía sonar mientras voceaba a todos los vecinos de la localidad la hora y el lugar donde se haría el velatorio o el desfile funerario de la persona fallecida. Indicaba detalles como el nombre, el apodo y la familia del difunto.

Losada Azorín<sup>21</sup>, hace referencia también a tres tipos de entierros en Hellín en el siglo XIX, cuando estudia las epidemias que afectaron en esa centuria al territorio. El investigador centra su atención además en la cuestión de los testamentos. Respecto a los tipos de entierro cita el de «Primera Categoría» reservado a las élites locales y terratenientes, que se acompañaba con música. Luego menciona el «Entierro Normal», destinado a las clases medias. El más humilde era el de «Limosna», utilizado por los pobres de la localidad, jornaleros, peones, obreros y vagabundos, según el citado autor.

Las leyendas también recogen algunas tradiciones relacionadas con los enterramientos. Según fuentes del siglo XIX, entre ellas MATEO GUERRERO<sup>22</sup>, se indica que en el viejo Barranco del Judío, del barrio de S. Rafael, en el casco

<sup>21</sup> LOSADA AZORÍN, A. «La epidemiología del siglo XIX en Hellín. Aspectos sociodemográficos», *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha (Ciudad Real, 1985)*, Tomo IX: *Transformaciones burguesas, cambios políticos y evolución social (I)*, Toledo, 1988. pp. 187-204.

<sup>22</sup> INIESTA VILLANUEVA, J. A. y JORDÁN MONTÉS, J. F.: *Leyendas y creencias de la comarca de Hellín-Tobarra*, Albacete, 1995. pp. 67 ss.

antiguo de Hellín, se enterraron a fines del XVIII, en el reinado de Carlos III, los masones que localmente eran llamados «judíos» y que por ser deistas o no practicantes asiduos de la religión católica, quizás, en efecto, fueron enterrados en un terreno diferente al cementerio tradicional. Es una cuestión a desentrañar y corroborar por la investigación<sup>23</sup>.

<sup>23</sup> Por ejemplo, entre la multitud de títulos relativos al tema del mundo funerario y de la muerte en general, y por orden cronológico:

- CORSO, P. y DE GUBERNATIS, *Historia comparada de los usos y costumbres fúnebres en Europa*. 1878.
- FRAZER, J. G. *The fear of the dead in primitive religion*, 3 vols. 1933-36.
- LANDSBERG, P. L. *Essai sur l'expérience de la mort*. 1951.
- MORIN, E. *L'homme et la mort dans l'histoire*. 1951.
- WEBSTER, H. «La mort et les morts». *Le tabou*. (Paris, 1952). pp. 163-217.
- MEHL, R. *Le vieillissement et la mort*. 1956.
- COLIN, M. «La mort et les lois humaines» *La mort et l'homme du XX siècle*. 1965.
- DEHU, J. *La mort et la folie*. 1966.
- GUILLAUMIN, J. «Origine et développement du sentiment de la mort». *La mort et l'homme du XX siècle*. 1965.
- RANNER, K. *Le chretien et la mort*. 1966.
- GUIOMAR, M. *Principes d'une esthétique de la mort*. 1967.
- ORAISON, M. *La mort et puis après*. 1967.
- CHORON, M. *La mort et la pensée occidentale*. París, 1969.
- GENET, J. *Funeral Rites*. New York, 1969.
- HERTZ, R. «Contribution à un étude sur la représentation collective de la mort». *Sociologie Religieuse et Folklore*, París, 1970.
- POTEL, J. *Mort à voir, mort à vendre*. 1970.
- SABATER, R. *Diccionario ilustrado de la muerte*. Barcelona, 1970.
- FESNEAU, D. *La sexualité et la mort*. Bull. Soc. Thanatologie, 4. 1971.
- CURL, J. S. *The Victorian Celebration of Death*. Newton Abott, 1972.
- BAYARD, J. P. *Le symbolique du monde souterrain*. 1973.
- ENRIQUEZ, E. *Le pouvoir et la mort*. 1973.
- POTEL, J. *Les funérailles, une fête?*. París, 1974.
- VOYELLE, M. *Mourir autrefois*. 1974.
- ANDRIEUX, F. «L'image de la mort dans les liturgies des Eglises protestantes». *Arch. Sciences Sociales des religions*, 39 (I). (París, 1975). pp. 119-127. En la misma revista y número, ARIES, Ph. «Les grandes étapes et le sens de l'évolution de nos attitudes devant la mort». pp. 7-17.
- ARIES, Ph. *Essais sur l'histoire de la mort en Occident du moyen âge à nos jours*. París, 1975.
- DE MARTINO, E. *Morte e pianto rituale*. Turín, 1975.
- THOMAS, L.-V. *Mort tabou et tabous de la mort*. 1975.
- ZIEGLER, J. *Los vivos y la muerte*. Madrid, 1976.
- ARIES, Ph. *L'homme devant la mort*. París, 1977.
- GUIART, J. *Les hommes et la mort. Rituels funéraires a travers le Monde*. París, 1979.
- RAGON, M. *L'espace de la mort*. París, 1981.
- GNOLI, G. y VERNANT, J. P. (ed.). *La mort, les morts dans les sociétés anciennes*. Cambridge, 1982.
- LOUIS-VICENT THOMAS. *Antropología de la muerte*. México, 1983.
- VAN GENNEP, A. *Los ritos de paso*. Madrid, 1986. (En concreto pp. 158 ss.).
- ALUE, M. «La muerte y las ciencias sociales: acerca de una bibliografía». *Actas del 2.º Congreso de Antropología*. (Madrid, 1981). pp. 362-374. Madrid, 1985. †

Las personas que conocían al fallecido o a alguno de los familiares cercanos, se sienten obligadas a asistir al velatorio, entierro y misas, pues de lo contrario se producen casos de malestar o de murmuraciones. Independientemente de esas circunstancias, las mujeres de más edad suelen participar de forma muy activa, por propia voluntad y sin que medie siempre una petición de ayuda, en la preparación del velatorio y en la atención de los familiares y amigos que acuden al mismo. Es frecuente oír que dicen las venerables ancianas: «*me voy al muerto*»<sup>24</sup>.

Por otra parte, las familias, tengan o no previsión de un fallecimiento próximo, suelen esforzarse por disponer de las cosas y elementos fundamentales para la circunstancia de una muerte. Se procura que toda la ceremonia del velatorio y conducción del cadáver se alabe por su dignidad, dignidad que siempre merece la persona ya desaparecida. Añadamos que esta previsión con frecuencia abarca varios años y es frecuente conocer casos de familias enteras que durante décadas están pagando a empresas funerarias para que el ataúd y sus añadidos o decorados sean de calidad y vistosos. No importa que la inversión rebase con creces todo lo razonable y que pueda enterrarse al mismísimo Mausolo con las aportaciones y recibos que han acumulado durante años en beneficio de la compañía privada. Las gentes entienden que se trata de un gasto fijo en la casa, como la luz o el agua, y que es un despropósito y una negligencia no mantenerlo.

Una vez adquirido el nicho apetecido, la propia fotografía del difunto se efectúa con la debida antelación para evitar imprevistos. Y aun la misma lápida se concluye en el lapidario con toda su iconografía ya tallada y su epigrafía completa, salvo, lógicamente, la fecha de la muerte. Del mismo modo, la mortaja o traje del difunto, también se mantiene lavada y planchada; se guarda impecable como un traje de novia. Todo se da por bien empleado para la última morada.

J. F. J. M. y J. A. I. V.

→ —VOVELLE, M. *La mort e l'Occidente*. Bari, 1986.

—ARIES, Ph. *El hombre ante la muerte*. (Ed. española en Taurus: Madrid, 1987).

—Robert HERTZ, *La muerte y la mano derecha*. Madrid, 1990.

—MARÍN, E. *El hombre y la muerte*. Barcelona, 1994.

—DÍEZ DE VELASCO, F. *Los caminos de la muerte. Religión, rito e imágenes del paso al más allá en la Grecia antigua*. Madrid, 1995.

Para la Edad Moderna, ARCO MOYA, J. «Religiosidad popular en Jaén durante el siglo XVIII». *La religiosidad popular, II: Vida y Muerte: la imaginación religiosa*. (Barcelona, 1989). pp. 309-327. En el mismo volumen, GARCÍA GASCÓN, M. J. «El ritual funerario a fines de la Edad Moderna: una manifestación de la religiosidad popular». pp. 328-343.

<sup>24</sup> Es sumamente interesante el texto que Álvaro Cunqueiro nos ofrece. En él nos presenta diversos tipos de plañideras y su extraordinaria función social. La cita es de *Fábulas y leyendas del Mar*. «Soy de una de las provincias de Europa en las que durante más tiempo se conservó la presencia en los entierros de las plañideras o lloronas, que acudían a hacer el planto del difunto, mediante pago, a la vez en dinero y en especies. Había plañideras que tenían lloros especializados, según que fuese el difunto mariner o labrador, sastre o herrero, soltero o casado, etc., y dos hermanas conocí que tenían un planto muy sentido, para las viudas, adecuado a aquellas mujeres que, jóvenes, habían perdido el marido, y durante largos años habían tenido para ellas solas la ancha cama matrimonial».